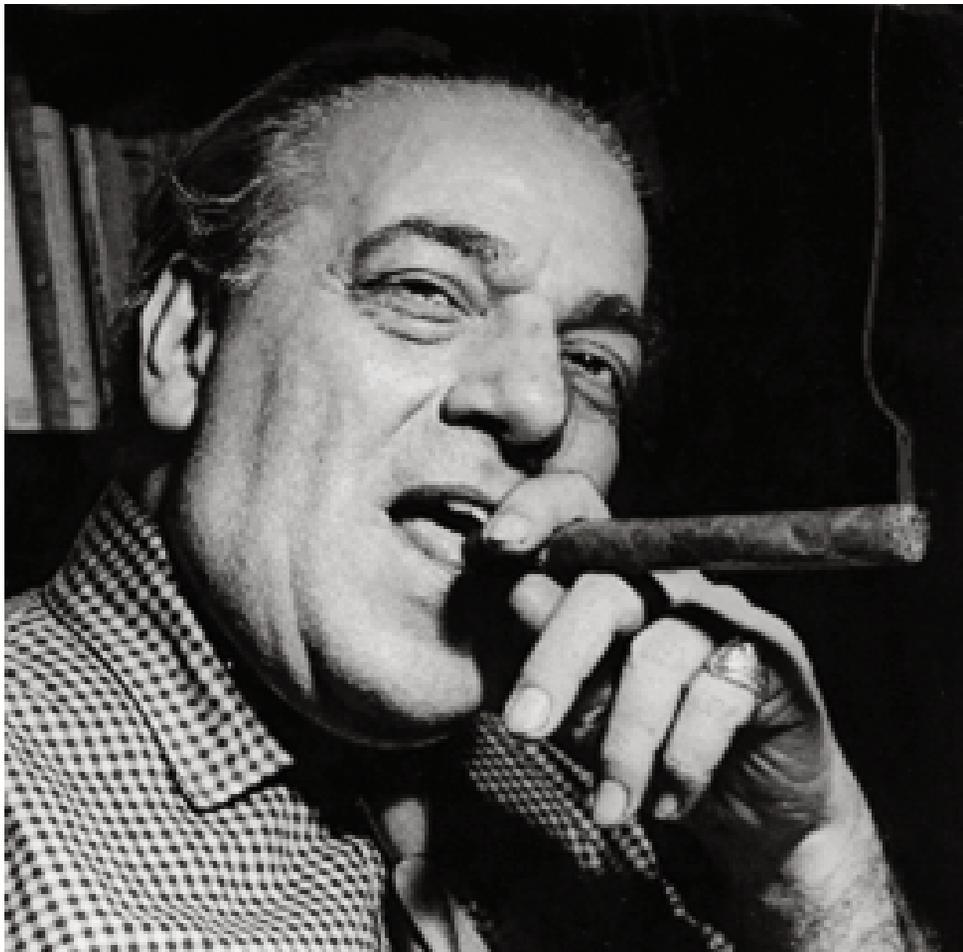


# El mundo de las efemérides

Pablo Espinosa



Heitor Villa-Lobos

El bicentenario de Felix Mendelssohn Bartholdy, el cincuentenario luctuoso de Heitor Villa-Lobos y el bicentenario de la muerte de Franz Joseph Haydn serán las efemérides centrales de 2009 en el mundo musical. Ediciones discográficas conmemorativas, pero sobre todo la presencia de partituras de esos autores en los atriles de las salas de concierto formarán el eje alrededor del cual girará la vida cotidiana en la vida de conciertos del planeta.

Figuras fundamentales en el devenir del lenguaje sonoro, Mendelssohn y Haydn ocupan pedestales intermedios en el olimpo

musical. No llegan a las alturas de, por ejemplo, la gloria de Mozart, cuyo cumpleaños doscientos cincuenta, hace dos años, constituyó la última gran celebración multitudinaria y planetaria alrededor de un músico.

La importancia estratégica de los próximos homenajeados, fijada en los clímax respectivos del clasicismo y el romanticismo, garantiza sin embargo una presencia constante en el candelero de 2009. Tanto los materiales orquestales del así llamado “padre de la sinfonía”, en el caso del compositor austriaco Haydn y los

territorios aún sin explorar en el caso del autor alemán Mendelssohn conforman un arsenal de placeres a granel.

Las efemérides sirven, además de oportunidad de repasos a conciencia de los autores en cuestión, para armar un andamiaje que permita observar la vida musical de cada entorno. En el caso de nuestro país el factor común de la efeméride permite una mirada en retrospectiva del año que termina pero a diferencia de los consabidos recuentos, vale la pena poner la atención en algunos puntos cuya peculiaridad ofrezca el necesario panorama de conjunto.

El ejemplo idóneo es el centenario de Olivier Messiaen, que constituyó el eje fundamental de la actividad musical de Europa y en particular de Berlín, donde Sir Simon Rattle contextualizó ese homenaje junto al de Karlheinz Stockhausen, cuyo primer aniversario luctuoso pasó desapercibido para el resto, con la honrosa excepción de Radio UNAM, que en la fecha exacta, el pasado 5 de diciembre, pasó al aire fragmentos del trabajo de ese autor alemán definitivo.

Mientras la Filarmónica de Berlín y el Ensemble Intercontemporain hacían sonar la música de Messiaen, Stockhausen y Ligeti (fallecido hace apenas dos años) en el antiguo aeropuerto berlinés Tempelhoff, en México la mejor celebración de Messiaen ocurrió fuera del ámbito de la política cultural que el gobierno tiene la obligación de diseñar y aplicar.

En la ciudad de Oaxaca, maestros de valía internacional y alumnos de distintos orígenes hicieron sonar la música del compositor francés, dentro de un programa de iniciativa ciudadana denominado Instrumenta.

El hecho de que una buena política cultural funcione fuera de la burocracia es alen-

# No por contraste sino por naturaleza, la música en la UNAM sigue siendo un bastión cultural de avance y resistencia.

tador. Por otro lado, evidencia la zona de desastres que se ha convertido la política oficial, tan viciada en sus prácticas desgastadas donde lo verdaderamente importante, la creación artística, se ve doblegado por los intereses de grupos, camarillas, oportunistas y un círculo cada vez más visible donde se repiten los nombres y muchas veces los responsables de programar conciertos son al mismo tiempo agentes de ventas de artistas beneficiados, aunque esto no es nuevo.

La raíz y gravedad del tema posee complejidad pero al mismo tiempo es transparente en un sentido definitivo: la grisura, el panorama conflictivo, el desdén patente y la falta de incentivos a los creadores en México acusa cada día más el comportamiento del Estado mexicano frente a la cultura: la utiliza como adorno pero no le presta la atención debida.

El índice presupuestal que aplica y que está muy lejos de lo que recomienda la UNESCO es tan sólo una entre muchas evidencias documentadas.

Desde que la derecha llegó al poder en México se hizo definitivo el declive de la cultura nacional en sus engranajes otrora consagrados a estimular la creación artística. El afán de lucro y la idea de un modelo de país sometido a Estados Unidos a toda costa reduce la cultura a algo menos que un rincón.

Que el Estado mexicano se desentienda de sus obligaciones sociales es evidente en el plano musical, donde la mediocridad campea, la desorganización impera y el público se ve reducido a un menosprecio inusitado. No hay, por ejemplo, un músico de la estatura moral y creativa de Eduardo Mata, cuya muerte trágica, hace ya catorce años (que se cumplen este 5 de enero), dejó literalmente en la orfandad a músicos, público, instituciones.

No por contraste sino por naturaleza, la música en la Universidad Nacional Autónoma de México sigue siendo un bastión cultural de avance y resistencia. No

en balde es la cuna y centro de acción donde Eduardo Mata formó a varias generaciones de melómanos y consolidó un crecimiento cuyos frutos aún perduran, entre ellos la mística, el orgullo universitario, evidente en la celebración reciente de los setenta años de la Orquesta Filarmónica de la UNAM, hace un par de años con un programa estupendamente interpretado y al final un emotivo Goya cantado entre músicos y público. Un público por cierto que se distingue por su fidelidad, exigencia, constancia y conocimiento de causa. Como complemento de sus atributos, es la única sala de conciertos en México donde las toses impostadas entre el público son constantes, quizá como una de esas falsas reglas de etiqueta, como para no dejar, como para cumplir un ritual.

Además de la música que aporta la UNAM, lo relevante de la actividad de este año ocurrió con participantes ajenos a lo que el Estado mexicano es capaz de formar. Por su ruralidad, la hondura de cimientos, claridad de miras y consolidación transparente de su política cultural, la presencia de la cultura catalana en octubre, como invitada del Festival Cervantino, no sólo mostró su contundencia creativasino la viabilidad de una propuesta sociocultural y política válida.

De hecho la edición cervantina de 2008 quedaría borrada de la memoria de no haber contado con la participación catalana y ésta obedece a la voluntad política de Catalunya de difundir su cultura y para ello dedica esfuerzos humanos concentrados y un presupuesto sin cortapisas.

Además de una ópera, pues así puede leerse la alucinante puesta en escena de *Tirant lo Blanc*, dirigida por una de las máximas personalidades en ese terreno en el momento, Calixto Bieito, la presencia de aquella cultura europea en Guanajuato puede condensarse en el concierto histórico que ofreció Jordi Savall al frente de los agrupamientos Hesperion XXI y La Capella Reial de Ca-

talunya, compartiendo escenario y partituras con el conjunto mexicano Tembembe, en una conjunción insólita de música antigua española y son jarocho.

En el territorio de la ópera la zona de desastre también quedó evidenciada por otra presencia ajena a lo que México es capaz de producir: ahora la manera de satisfacer al numeroso público melómano con ópera de calidad se ha reducido a verla a control remoto, en las transmisiones en vivo que se realizan desde el Met de Nueva York hasta el Auditorio Nacional y cuyo contenido fue tema de la anterior entrega en este espacio.

Nuevamente la nobleza de espíritu de la política cultural universitaria, tan bien asentada como tradición en la historia de la cultura mexicana que resiste vaivenes y veleidades, entró al quite pues al cerrarse la única casa de ópera en México, el Teatro de Bellas Artes, por remodelación, el público universitario acoge con dignidad y decoro la ópera en el exilio.

Éste es el panorama, en rasgos generales, con el cual la cultura musical mexicana inicia otro año. Frente a la oscura perspectiva de la crisis económica importada de Estados Unidos, la música aparece, nuevamente como en otros episodios difíciles, como una alternativa viable para la esperanza, la resistencia, el avance de la sociedad.

En el futuro inmediato está, entonces, mucha música y entre ella las sinfonías de Haydn con todo su anecdotario, su sentido del humor, sus mensajes cifrados y su encanto irresistible. Hay que recordar que la combinación de la música de Haydn con la de Mozart ha protagonizado episodios caros al gusto del público universitario.

Sus cuartetos de cuerdas, su música vocal, sus óperas, su oratorio *La Creación*, son territorios exquisitos por disfrutar en los próximos doce meses. Si la pertinencia acude a los programadores locales, como sí ocurre en Europa, tendremos contextualizaciones

adecuadas como la combinación de la música de Haydn con la de sus contemporáneos, como Luigi Boccherini, Muzio Clementi, Christoph Willibald Gluck y por supuesto Beethoven y el ya mencionado Mozart.

Otro acierto a esperar será la inclusión de la música del hermano de quien sí pasó a la historia. Como suele ocurrir, la consagración de los músicos suele obedecer a una serie de circunstancias y avatares muchas de las cuales quedan en el misterio. Michael Haydn escribió mucha y muy buena música, incluso prestó su nombre a partituras que quedaron en la autoría de su hermano Franz Joseph. Existe una discografía ciertamente limitada pero al alcance de la mano con la música de Michael Haydn, para el caso de que no llegue a los atriles de las salas de concierto en 2009.

Otro ejemplo de la relatividad de la consagración de los músicos lo aporta el otro homenajeado central del nuevo año, pues a Felix Mendelssohn Bartholdy, cuyo bicentenario celebraremos de hoy en adelante en su efeméride, le debe la humanidad un rescate definitivo: la música gloriosa de Johann Sebastian Bach.

De no ser porque Mendelssohn restó, en 1829 la *Pasión según San*

*Mateo*, partitura que sólo había sonado una vez en público, cuando la estrenó su autor, un siglo atrás, no se hubiera desatado tal furor por la música de aquel alemán barroco que había quedado en el olvido. Tal furor no cesa.

La obra de Mendelssohn es intensa, interesante, amena, y goza de muy alta estima entre el público melómano o el ocasional. La sorpresa sería ver resucitados a algunos de los siguientes músicos de quienes se cumplen también su bicentenario, tri o centenarios respectivos pero no están en la, pongámoslo así, lista del *hit parade* del mundo de la música de conciertos.

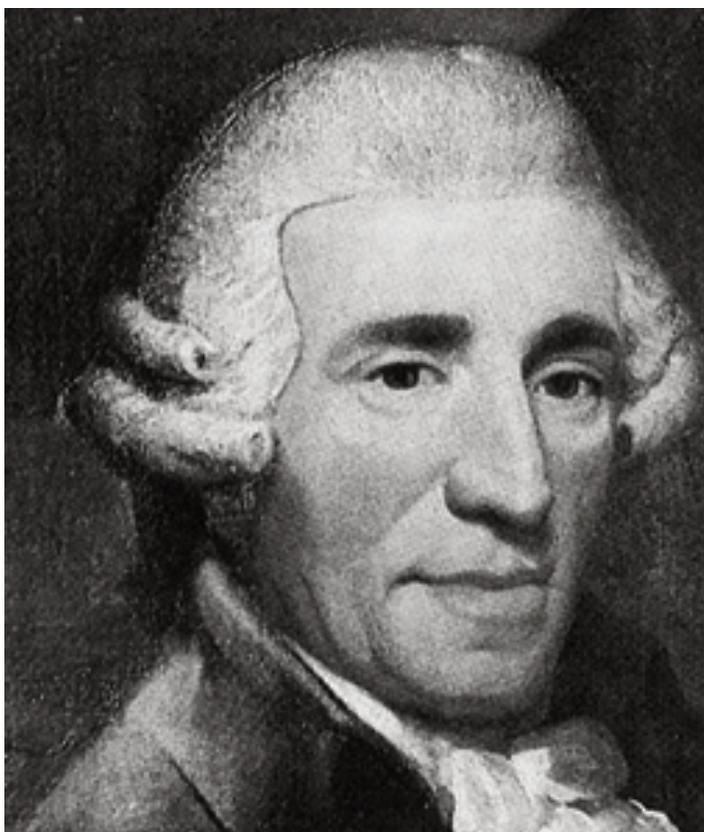
A saber, Johann Georg Albrechtsberger (1736-1809), vienés, cumple cien años de muerto. Frantisek Benda (1709-1786), violinista y compositor bohemio, doscientos años de soledad. Pascal Collase (1649-1709), el alumno dilecto de Lully, dos siglos de ido. Pal Constantinescu (1909-1963), el compositor rumano más interesante de su generación, llega a su centenario. El veneciano Giovanni Croce (1557-1609), autor de un réquiem formidable y numerosos magistrales madrigales y motetes, llega a tres siglos de muerto sin alcanzar una celebridad ni siquiera, por ponerlo en sentido figurado, a la altura de

los tobillos de otros venecianos afortunados en fama, como el cura rojo Vivaldi.

Tampoco nadie volteará al bicentenario luctuoso de Nicolas Dalayrac (1753-1809) a pesar de haber escrito alrededor de sesenta óperas cómicas bajo el patrocinio de la mismísima María Antonieta, en el Palacio de Versalles. Ni nadie se conmovió tampoco con el tricentenario de otro autor francés de óperas cómicas, Egidio Romoaldo Duni (1709-1775), así como nadie lamentará la ausencia en la cartelera de la exquisita música religiosa de otro autor que cumple trescientos años: Jean-Noël Hamal (1709-1778).

El ilustre wagneriano y napolitano don Giuseppe Martucci (1856-1909) será otro centenario en el olvido, a pesar de que de manera paradójica luchó contra la desmemoria en Nápoles, donde inició el incendio del wagnerismo cuando estrenó y asombró y detonó la ciudad entera con *Tristán e Isolda*. Descansan en el olvido dos sinfonías, dos conciertos para piano y mucha música de cámara suyas.

Alguien que sí tiene posibilidad de salvarse del olvido en su centenario es el fundador de la escuela moderna de guitarra, el maestro Francisco Tárrega (1852-1909) y en ese mismo territorio



Franz Joseph Haydn



Felix Mendelssohn